

cultos. «He estado a visitar, escribe David Hume a Guilber Elliot, a la manceba de D'Alembert, que es una de las mujeres más sensibles de París.»

Considerábase Mlle. Lespinasse tan dichosa en aquella época, que la asustaba tanta felicidad; mas a principios de 1768 apareció en escena el bello Marqués de Mora, y el astro de D'Alembert comenzó a eclipsarse, apareciendo entonces para con éste la Lespinasse verdadera, artificiosa, liviana y falsa.

Si son ciertos los cálculos de D'Alembert, y nadie pudo tenerlos más exactos, por este mismo año de 1768 debieron comenzar las relaciones de Mora con Mlle. de Lespinasse; mas en este caso, poco pudieron entonces prolongar el idilio, porque la tasada licencia, con tantas repugnancias concedida a Mora, terminó en Agosto; y antes de volver a España, quiso presentar sus homenajes al patriarca Voltaire en Ferney, como lo hizo, en efecto, en compañía del Duque de Villahermosa, según dijimos ya en el capítulo segundo.

D'Alembert mismo, inducido probablemente por la Lespinasse, dió al enamorado Mora la carta de introducción para Voltaire, que ya el lector conoce.



IX

DETÚVOSE Mora, a su vuelta de Ferney, en Ginebra, y a mediados de Octubre encontrábase ya en Madrid (1) rodeado de una corte de parásitos, como el abate Casalbón, en los cuales ensayaba sus trabajos de propaganda, ocupando al mismo tiempo en sus galanteos con la Duquesa viuda de Huéscar, que volvieron a reanudarse, y en refir tremendas batallas con el inexorable *Peluca*, el viejo don Gregorio Muniain, que no tenía aún trazas de morir, ni de dejar el Ministerio, ni de concederle tampoco otra licencia para correr al

(1) «Por el Sr. Marqués de Mora, que veo todas las noches, tengo frecuentemente noticias de V. E. y de lo bien que prueba París a los que tienen la grande ocupación de divertirse.» (Carta del abate Casalbón al Duque de Villahermosa.—10 de Noviembre de 1768.)

ansiado París, que le atraía entonces con mayor fuerza que nunca, gracias al nuevo cebo de Mlle. de Lespinasse. El casamiento de su hermana D.^a María Manuela con el Duque de Villahermosa proporcionóle al fin esta fortuna en Junio de 1769, y a despecho de Muniain, agencióle el Conde de Aranda la licencia para acompañar a París a la desposada.

La pasión de Mlle. de Lespinasse por Mora marcó entonces un rapidísimo *crescendo*, hasta el punto de escribirle éste 22 cartas en diez días de ausencia, y traducirse, con respecto al desbancado y sufrido D'Alembert, en frialdades y desprecios que testifican Grim en su correspondencia y Marmontel en sus *Memorias*.

«Mlle. de Lespinasse, dice éste, no era ya la misma con D'Alembert, y no sólo le hacía sufrir sus frialdades, sino que a menudo haciale víctima también de ásperos y amargos tratamientos. El desgraciado devoraba sus penas, y sólo se desahogaba conmigo; pero era tal su abnegación y tal su obediencia a aquella mujer, que cuando el Marqués de Mora estaba ausente, iba por las mañanas al correo a buscar sus cartas para que pudiese Mlle. de Lespinasse recibirlas en el momento de despertarse.

»Nada puede compararse, añade Grim, al poderoso ascendiente que Mlle. de Lespinasse había adquirido sobre todos sus pensamientos y acciones (de D'Alembert), y no por haberse rebelado alguna vez contra tan dura tiranía, dejó de soportarla siempre con una abnegación a toda prueba. No hay en París pobre saboyano que dé las carreras y haga las comisiones tan pesadas que hacía todas las mañanas en obsequio de Mlle. de Lespinasse el primer geómetra de Europa, jefe de los enciclopedistas y dictador de la Academia. Y como si no fuera esto bastante, todavía se atrevió a hacerle el confidente de la pasión que le había inspirado el joven español Marqués de Mora, encargándole todos los manejos que podían favorecer esta intriga; y cuando este feliz rival salió de Francia, obligaba ella a D'Alembert a esperar en la casa de postas la llegada del correo para procurarla el placer de recibir las cartas de Mora un cuarto de hora antes.»

Quieren algunos vindicar a D'Alembert de papel tan bajo y vergonzoso, negando que estuviese al cabo de la clase de relaciones que unían a Mora con Mlle. de Lespinasse. En este caso no sabemos qué admirar más, si la ceguera del filósofo o la doblez y perfidia de su

antigua amiga. En aquel tiempo tenía Mora veintiséis años; Mlle. de Lespinasse contaba ya treinta y ocho, y no era entonces, ni había sido nunca, hermosa. El Conde de Guibert hace de ella este retrato:

«Elisa (1), dice, no tenía nada de hermosa, y tenía además el rostro desfigurado por la viruela; mas su fealdad no era repugnante a primera vista; acostumbrábase uno a ella pronto, y en cuanto hablaba olvidábase por completo. Era alta y bien formada; cuando yo la conocí tenía ya treinta y ocho años, y su presencia era aún noble y elegante. Pero lo que la distinguía sobre todo era ese primer encanto, sin el cual la belleza no es sino una fría perfección: la fisonomía. La suya no tenía ningún carácter particular, porque los reunía todos.»

Una vez las cosas en este punto, sucedió lo que tenía que suceder en dos caracteres semejantes, y cuenta Mr. Charles Henry, después de muchos pormenores que no son para copiados.

«Son fáciles de comprender, dice, los estragos que causarían los delirios de esta pasión desenfrenada en aquellos dos organismos débi-

(1) Con este nombre de *Elisa* escribió Guibert un elogio de Mlle. de Lespinasse.

les. La correspondencia de Condorcet y Turgot viene a ser un diario de la salud de ambos amantes. A Mlle. de Lespinasse la atacaron fiebres, catarros espantosos, toses convulsivas, desmayos, jaquecas y una neurosis terrible; a Mora comenzáronle entonces la tos y los esputos de sangre» (1).

Felizmente, las exigencias del servicio militar llamaron de nuevo a España al Marqués de Mora, con gran enojo suyo y no menos alarma de la Lespinasse, que, según Marmontel afirma, tenía el proyecto de atrapar para marido al joven e incauto filósofo.

«La impresión que Mlle. de Lespinasse hizo en aquella ardiente alma española, añade, tomó un carácter tan serio y alarmante, que la familia del Marqués se apresuró a alejarle.»

Y es muy cierto que los Condes de Fuentes, ya fuera porque les asustase la delicada salud de su hijo, ya porque temiesen aquella boda tan disparatada como indigna, enviaron a su hijo a España, reiterando más que nunca sus instancias para que allí contrajese nuevo matrimonio, ya que la tenaz resistencia de Mora había frustrado sus planes de casarle en Pa-

(1) Charles Henry, *Étude sur Mlle. de Lespinasse*, pág. 16.

verdadero hipócrita de la impiedad, que blasfemaba en público de su fe, y la conservaba y aun la rendía culto en secreto. El 30 de Septiembre de 1770 escribe á Villahermosa desde Barajas el Marqués de Castromonte:

«Tuve en Aragón el gusto de pasar por Pedrola buscando a tu hermano Mora, a quien hallé escondido y bien ocupado en el retiro y soledad de Veruela, y con quien en poco tiempo hablé muchísimo. Ya parece que su regimiento está destinado á la corte, y tendrá que mudar de ocupaciones: no sé si vendrá contento, pero yo lo estoy de tenerle allí, y que su talento es muy superior a las que pudieran darle.»

¿Qué iba a buscar el Marqués de Mora en el retiro y soledad de un monasterio cisterciense? ¿Cómo podía estar *bien ocupado* en aquella santa casa en que no se conocían otras ocupaciones que las del servicio de Dios y el cuidado de las almas?..... Y no puede decirse que Castromonte entendía otra cosa por *bien ocupado* refiriéndose al monasterio de Veruela; porque Castromonte, que fue uno de los Grandes que más honraron entonces a su clase, era hombre de fe, de piedad y de virtudes cristianas, como lo prueba el principio de esta misma carta:

«Mi querido amigo: Ya me tienes en la quietud de esta aldea, después de haber caminado mes y medio por Valencia y Aragón, adonde me llevó repentinamente una promesa hecha a Dios por la salud de mi hijo (deseo que los tengas para que no te burles) y el recelo de verme empleado cuatro meses entre montes y fieras, después de haber estado seis entre caballos y flores (1). Me ha informado mi mujer de la fineza con que has continuado la tarea de mis negocios, y te repetiría expresivas gracias si no las considerase inferiores a tu favor y ociosas en nuestra amistad.»

Había en el monasterio de Veruela un curioso manuscrito que llamábase *Lumen Domus*, especie de diario, donde consignaban los monjes los sucesos notables acaecidos en el monasterio, y allí debía constar precisamente la visita de Mora, el tiempo de su duración y el objeto de ella. Cuantos esfuerzos son imaginables hemos hecho para encontrar este manuscrito, que se hallaba hace años, no sabemos cómo, en Zaragoza, en poder de un tal D. Baldomero Vilches, cuyo paradero ha sido imposible averiguar.

(1) Alude a las dos jornadas de la Corte a El Escorial y a Aranjuez.

A falta, pues, de datos ciertos, puédesse conjeturar lo que más verosímil parece. Unía a los monjes de Veruela con los Duques de Villahermosa una amistad estrecha y antiquísima, que se remontaba al año 1510, cuando a ruegos del Abad de Veruela tomó la defensa de este monasterio D. Alonso de Gurrea y Aragón, Conde de Rivagorza, contra los desafueros de D. Miguel Ximénez de Urrea, Conde de Aranda, y su hermano D. Pedro, señor de Crasmo, que había muerto, con grandes vejaciones, a tres o cuatro vasallos de la Abadía, en lugares propios de ésta, y talado después sus huertas.

Envió Rivagorza al Conde de Aranda un mensaje, diciéndole que tomaba aquellos desmanes como a sí mismo hechos; mas Aranda contestó tan sólo enviando gentes de a pie a dar grita a Rivagorza a las puertas de Pedrola, donde le cortaron algunos pinos y dispararon tiros de pólvora en son de mofa.

Levantó entonces el conde D. Alonso bandera por el monasterio de Veruela, y con 580 caballos y 5.720 infantes entróse por las tierras del de Aranda y quemó a Luceni, y entró por armas en Lumpiaque, y llegó hasta las puertas de Épila, donde estaba Aranda, y era

lugar murado, puesto en defensa de lanza y escudo.

Entraron con esto en razón los dos hermanos Aranda, y agradecidos los monjes de Veruela, colgaron en la bóveda de su iglesia la bandera de Rivagorza, que tenía por un lado a la Virgen Nuestra Señora, y por el otro a San Juan Bautista con las armas reales de Aragón, que eran las propias del Conde don Alonso, y donaron a éste para sí y los suyos un grandioso sepulcro de mármol blanco en uno de los arcos colaterales de la capilla mayor de la iglesia de Veruela (1).

Esta alianza íntima entre los Abades de Veruela y los Duques de Villahermosa fué siempre constante, como en tan buenas razones fundada, y existía aún en los tiempos de don Juan Pablo y D.^a María Manuela, hermana de Mora, no dejando nunca éstos de visitar el monasterio cuando venían a Pedrola, y ha-

(1) Zurita, al referir estas sangrientas desavenencias, a que sólo puso término la prudencia del rey don Fernando *el Católico*, equivoca los términos, diciendo que el Abad salió a la defensa del Conde, y no al contrario, como sucedió en efecto. Las noticias que aquí damos están tomadas del Memorial que dió al Rey Católico el mismo Conde de Rivagorza, cuyo original se halla en el Archivo de Veruela, y del cual existe copia en el de Villahermosa.

biendo hecho la Duquesa enterrar a dos de sus hijos en aquella iglesia, y escogidola también ella para su propia sepultura.

No es, pues, extraño que hallándose Mora en Zaragoza con su regimiento, enfermo, solo y aburrido, pasase a Pedrola y de allí hiciese una visita a Veruela, lugar para sus hermanos de tantos recuerdos y cariño. Mas no explica ciertamente una visita de curiosidad o cortesía, el que Mora buscase en Veruela *un lugar de soledad y de retiro, y que estuviere allí bien empleado*, que es lo que Castromonte afirma. Es, pues, probable que la verdadera razón de la visita de Mora fuese la siguiente:

Había entonces en Veruela un monje de gran saber y virtudes, cuyo nombre, popular entonces como el del maestro Feijóo, es hoy casi desconocido, como los de tantos otros vigorosos impugnadores de las perversas doctrinas del siglo XVIII.

Era este varón famoso el P. Maestro D. Antonio José Rodríguez, que brilló al lado de Feijóo y el P. Ceballos, y llamaron en su tiempo el *Maestro sin maestro*, como está grabado en su sepultura, *Magister sine magistro*, porque nunca tuvo otros sino su aplicación al

estudio y su extraordinario talento (1). Sus muchas obras, así de controversia, como morales y científicas, atrevidas todas y vigorosas, como de hombre que se adelantó a su siglo, diéronle gran renombre, y de todas partes, y hasta de Madrid mismo, acudían en su busca gentes de todas clases en demanda de consejo para el alma o remedio para el cuerpo; porque era también el P. Rodríguez médico peritísimo, y aun hace pocos años, en 1879, citábanse con grande elogio sus «Disertaciones físico-matemático-médicas sobre la respiración y el modo de introducir los medicamentos por las venas».

Cuéntase que viniendo una tarde de paseo el P. Rodríguez, encontróse en el camino un coche en que iba para Veruela un matrimonio catalán, personas de mucho respeto. Pararon éstos el coche y preguntaron al Padre si estaba en el monasterio el P. Rodríguez.—No está, respondió él; pero no tardará. Vayan al Abad.—Fueron los viajeros al Abad, y entre túvulos éste hasta que llegó el Padre, y cono-

(1) Hállase enterrado en la iglesia de Veruela, frente a la capilla del Crucifijo, y léese en su losa sepulcral un epitafio latino, compuesto por el Ilmo. Sr. don José Laplana y Castellón, Obispo de Tarazona.

cieron entonces que era el mismo que se habían encontrado en el camino. Dijéronle que venían en busca de remedio, porque tenía la señora una llaga de mala especie, que más bien era espantosa postema. Encargóse, sin embargo, el P. Rodríguez de su curación, y al cabo de algún tiempo pudo volverse la enferma perfectamente curada.

Es, pues, lo más probable que Mora fuese a Veruela en busca del P. Rodríguez, y que en aquel retiro y soledad le encontrase Castro-monte *bien empleado* en la curación de las llagas de su alma o de su cuerpo. Es más creíble, sin embargo, que Mora diese la preferencia a estas últimas; mas también es cierto que el P. Rodríguez no dejaría de ofrecerle, por lo menos, el remedio de las otras.

Sea de esto lo que fuere, Mora volvió a Madrid con el regimiento de Galicia a muy poco de su misterioso retiro de Veruela, y apresuróse entonces a dejar el servicio militar, siéndole concedida la licencia absoluta antes del 15 de Enero de 1771.

Libre ya de esta traba que tanto le había molestado antes, apresuróse a disponer la vuelta a París, que era todo su anhelo; mas quedábale aún aquella otra traba de la enfer-

medad en que sus vicios le habían aprisionado, y el 25 de Enero le asaltó de repente, en medio de sus ilusiones y proyectos, un gran vómito de sangre, seguido de tan largo y profundo desmayo, que casi llegaron ya a darle por muerto.

Declararon entonces los médicos que tenía ambos pulmones heridos, y a fines de Marzo enviáronle a respirar los puros aires de la primavera en Valencia, donde D. Jorge Azlor Aragón se hallaba entonces. Llegó Mora a Valencia a principios de Abril, harto débil y caído, en compañía de su médico Navarro y de dos de sus amigos parásitos, un tal Ochoa y otro llamado Esteban, siendo por esta vez excluido de la partida el abate Casalbón, a causa de una gran riña que con el Marqués tuvo pocos días antes de su viaje (1).

(1) Es curiosa la siguiente carta, en que el abate Casalbón refiere dicha riña al Duque de Villahermosa, y da bastante idea del modo de ser de Mora y Casalbón.

Madrid 25 de Febrero de 1771.—Muy señor mío y mi favorecedor: Por fortuna me lisonjea en esta ocasión, como siempre, lo que dos días antes de su insulto decía yo al Sr. Marqués (Mora), que en ninguno fiaba tanto en este mundo como en V. E., que su trato no conocía las vanas declamaciones de una amistad ideada, pero que la realidad y sencillez la señalaba cada día más, y

Las perfumadas auras de aquella huerta deliciosa obraron tan eficazmente en la destruída

que ya en viniendo V. E. procuraría, sirviéndole, aunque sea de rodillas, acreditar mi agradecimiento y la idea que tenía formada de su buen modo de pensar. Esto que entonces, casi en los mismos términos decía, me anima ahora a contar a V. E. lo que para eterna enseñanza mía me ha pasado, y en lo que no debiera esperar que V. E. me diera la razón, a no tenerla yo ciertamente, y a no ser V. E. capaz de negarla a quien la tiene. Desde que aquel sujeto que, según V. E. dice (el Marqués de Mora), se queja de haberle yo abandonado por la Medinasidonia y por las viruelas, de que nunca se ha hablado, vino a Madrid, no ha pasado día alguno en el que, cuando menos, cuatro o cinco horas no le haya yo hecho compañía, sin contar los que, entrando en su casa a las nueve de la mañana, no salía de ella casi hasta la media noche. El día mismo que vino la Medinasidonia del Sitio, por la noche el Marqués se fué de su casa, y me dijo que no volvería; viéndome ocioso y deseando cumplir con esta señora, con quien y cuya casa sabe V. E. mis obligaciones, fui a verla; allí me hizo jugar S. E., y nos pidió a los tres que le habíamos hecho la partida, que fuésemos a hacérsela al día siguiente sin falta, porque esperaba tener otras gentes. Los tres o cuatro primeros días en que el Marqués salió puntualmente por las noches de su casa, no se dió por sentido; pero luego que se volvió a quedar en ella, empezó a clamar abandono de amistad el que yo, aunque estaba en su casa todo el día, me fuese cerca de las ocho de la noche a continuar una partida a la que, sin faltar a todas las leyes de atención, no me podía excusar. Trátase de que en todo este tiempo nadie ha habido, a excepción de Navarro y los que le hacíamos la partida. Sin embargo, deseoso yo de dar gusto cumplido a un hombre que de todo mi

naturaleza de Mora, que el 25 de Mayo escribe D. Jorge Azlor a su hermano Villahermosa:

corazón amaba, le supliqué varias veces, particularmente a Navarro, y siempre en vano, que jugase por mi; no bastando esto, otra noche le dije a la de Medinasidonia: —Ya casi esta noche estuve por faltarle a V. E. a la partida, porque el Marqués quedaba casi solo—. Esperaba yo tomar de su respuesta motivo para que me dispensase volver; pero no me respondió ni una palabra. En fin, cerrados todos los caminos, me resolví a no ir a tal partida, por la razón que pretexté de que perdía demasiado, y que yo supliqué a Navarro que insinuase a S. E. o que buscase otra excusa. En efecto, dejé de ir aquella noche, que pasé, después de todo el día, con el Marqués; pero Navarro nada dijo a la Duquesa, y habiendo ido a comer al día siguiente a su casa, me reconvinó de que yo le había faltado el día antecedente, y que por fortuna había ido aquella noche la de Baños para poder tener partida. Veo V. E. todos los enormes delitos de amistad que han excitado la cólera del señor Marqués, hasta el punto de romper antes de ayer, diciendo que renunciaba enteramente a mi trato; que había llegado a conocer que era el más falso amigo, el más hipócrita y el más malvado de los hombres. Con términos más injuriosos nadie se ha apartado jamás del trato de un asesino; pero S. E. tiene el gusto trágico y no puede sufrir sino coloridos fuertes; yo, antes de responderle, le supliqué que no se enfadase, que bien veía que quien como yo le amaba tanto, nada podría sentir más que darle motivo a que se le aumentase la acrimonia de la sangre; que nuestra amistad no valía la pena de su salud, que se sirviese de oírme. Cada palabra mía aumentaba su enfado, mis disculpas eran sólo efectos de un ánimo fingido, las pruebas y demostraciones que yo daba, eran otras tantas chanzas que yo, con increíble artificio, había puesto de antema.

Por cumplir tu encargo, te digo que el Marqués de Mora está más gordo y de mejor color

no para excusarme en la ocasión; en fin, temiendo que el fruto de esta contestación, si yo pasaba adelante, fuese la pérdida de su salud, tomé el partido de irme, echado vergonzosamente por un hombre de cuya amistad había pensado yo hacer mis delicias, y de la que no me podré acordar jamás sin admirar los vanos juicios de los mortales y las fantásticas ideas que se forman de la felicidad. No omitiré que además del antecedente, me hizo el gran capítulo de que Santander no me quisiese dar licencia para que yo le acompañase a Valencia, habiendo yo para esto dispuesto el tener una cuestión pesada con el mismo Santander, todo originado, según me dijo con muy buen corazón S. E., de estar enamorado yo de unas mujeres que tengo en casa y de la pasión del juego, que, como otras muchas, me arrastra. Esta anécdota le podrá descubrir a V. E. el estado de mi filosofía. En orden a este cargo, juro por su amistad, y es lo que yo más he ofrecido, que nada deseaba más que acompañarle, y servir así a un amigo en el tiempo en que le podía ser de más utilidad. Fuera de este interés, que no era ciertamente pequeño, tenía el de mi salud, tenía el de mi diversión y tenía otros muchos que ahora es bien fuera de propósito contar. Pero todo es en vano; en esta parte ya ha muchos días que yo conocía que le ahoraban a S. E. del trabajo de buscar razones. El hecho es que desde el momento que le mandaron pensar en mudar de aires, supuse que yo sería de la partida, y aun añadí que esperaba que mi bibliotecario mayor me diese, aun cuando no fuese sino por un mes, la licencia, que después le podría ir trampeando; que cuando esto no bastase se podría acudir al Ministro. Desde entonces vi que cuando se empezó a hablar del viaje, la primera diligencia fué enviar a D. Ramón a Orelli para que pidiese la licencia de

que cuando estaba en esa villa; pero como aún no se ha desvanecido del todo el dolorcillo del

Ochoa, y a la de Medinasidonia por Navarro, no olvidando tampoco de encargar al Marqués de Mirabel que la pidiese al Patriarca para Esteban. Nada hasta aquí se hablaba de mí; sólo mi licencia no se tomaba en boca. Con todo, yo hablé de mi licencia a Santander, que no me contestó; ni después que me era imposible sacársela, lo conté al Marqués, pero fué hablar a sordos, porque nada me respondió, pareciendo natural que, cerrado esto, tratase conmigo de otro camino para facilitar mi licencia. Ni esto me desengañó: previne mis cosas para estar dispuesto al viaje; busqué dinero, hice ropa blanca para estar prevenido; despedí al criado que tenía, por parecerme inútil fuera de Madrid, y tomé otro a propósito; dispuse con D. Miguel Otamendi todo lo que debía yo esperar de un amigo durante mi ausencia; en fin, hasta el momento del rompimiento, yo, creído que un camino u otro se abriría, a nada estaba más dispuesto que a marchar. Es verdad que días había que yo no mostraba grandes deseos, pero nadie acaso habrá tenido más motivo de no mostrarlos. Notaba, a no dudar, una increíble novedad en el trato, la que, en fin, ha llegado a tal sequedad, que me obligó, como ya he dicho antes de ayer, a suplicarle en amistad me dijese las causas que tenía, y esto fué el principio de la cuestión. De ahí vino el no contestar una vez que se hablaba del viaje; de ahí el decirle a D. Ramón (y tenía mil razones para decirselo a él antes que a otro), que si yo no era preciso, como parecía que no lo era tratándose de ir tantos, que a qué fin había yo de ir; de ahí también vino el decirle mil veces a Navarro que yo iría con gusto por mi parte, pero que era absolutamente preciso que me pidiesen licencia; esto mismo dije en otra ocasión a Cavarcos, a esto mismo tengo escrito estos últimos correos al Sr. D. Jorge,

pecho, soy de parecer que debes persuadir a su padre que no le dé prisa para que salga de

con quien yo no había podido ocultar los justos resentimientos que la frialdad de un pretendido amigo me causaba. Sin embargo, una vez que en este mismo caso se me preguntó sin rebozo, sin el mismo respondi que estaba pronto; pero permitame V. E. que yo le asegure que no se ha pensado de buena fe en que yo fuese, y comoquiera, según le decía yo antes de ayer al Marqués, que si tan atado quería suponerme, que me hiciese el favor de facilitarme la licencia, y vería el gusto con que iba en su compañía. Pero yo me canso en vano; me dice que soy fingido, porque después de ver el desvío por su parte, y por la mía la imposibilidad de la licencia, he dado a entender que no tenía los mayores deseos de ir, y esto no sé cómo S. E. entiende que sea fingir. Dice que soy falso amigo, y lo dice sin pruebas: entretanto me digo para admirar su conducta, muy nueva en punto de amistad; pues me ha estado mortificando diez y seis días sin hacerme confianza de su imaginada queja, de la que acaso no hubiera yo sabido jamás, si, rompiendo por todo reparo, no le hubiera yo hablado antes de ayer, aun delante de D. Ramón, pues en todo este tiempo yo notaba bien la precaución de no quedarse jamás a solas conmigo. Si entonces me hubiera querido oír, qué fácil le hubiera sido desengañarse, y cuán lejos hubiera estado de ir a buscar los motivos de mi cautela en mi pasión desordenada al juego y en la adhesión vil que yo tengo en mi casa al vicio, cosa que sólo la penetración de S. E. ha podido descubrir, y que yo admiro mucho que háyale podido ocurrir a S. E. por pretexto. Le aseguro a V. E. que no puedo pensar en todo esto sin perder casi el juicio, y que jamás he tenido momentos en que la vida me sea más aborrecible: las noches las paso llorando, y el día que les sucede no alivia mi pesadumbre. Esto prueba

aquí, donde hay ejemplares de algunos que por haber salido muy pronto, aunque al parecer buenos, les ha repetido el accidente.»

Algún tiempo después, el 13 de Julio, vuelve a escribir D. Jorge: «Yo continúo la misma vida que te he escrito hacia, y de cuyo método me separaré muy poco en todas partes donde esté; trabajamos Morita y yo en arreglar nues-

bien que ni aun amar se puede ni se debe con exceso, porque se trata con hombres que pueden dejar de corresponder. En esta ocasión me ha parecido lo más acertado no hablar con persona viviente; sólo a Navarro se lo dije la misma noche, y, como ayer le decía al mismo, a no haber estado entonces casi fuera de mí, no le hubiera hecho esta confianza. Me avergüenzo que haya habido hombre que, aunque sin motivo, se haya imaginado que yo era hombre capaz de faltar a la amistad. Con todo, me consuelo con habérselo contado a V. E. por menor; esta carta podrá servir de historia de cuanto ha pasado; V. E. se podrá informar de Cabañero, de quien quiera, y del mismo Marqués, que a mí, con tal que V. E. no se me enfade, me importa todo poco, y aunque yo ponía sobre mi cabeza su amistad, pero me sabré pasar sin ella, cuando no se puede continuar sin imaginarse de mí las bajezas más indignas. Perdóneme V. E. esta vez, por su vida, el que no haya sido tan largo; era preciso determinarme a hablar a V. E., porque es el único que me importa que mire esto en su verdadero punto de vista; por lo que toca a los demás, poco va en que cada uno piense lo que se le antoje; basta que yo respete ahora la memoria de quien honró algún tiempo con su amistad, y calle.»

tra conducta presente y venidera, según los principios del *Système* (1), puesto en acción en la historia de Grandisson. Tú te reirás ahora de esto, pero no cuando nos veamos, que conocerás los progresos que he hecho; y siguiendo tu encargo, te diré que el Marqués está cada día mejor; tanto, que ya piensa en sangrarse otra vez, pues la robustez, especialmente mientras dura el dolorcillo del pecho, puede serle perjudicial, y yo cuidaré de que no lo difiera; y siempre insisto en que le conviene estar aquí hasta que las cicatrices de los pulmones estén perfectamente cerradas.»

No creyó, sin embargo, el impaciente Mora necesarias tantas precauciones; dióse ya por curado, y libre del todo y sin freno alguno su voluntad desordenada, marchóse al fin a París, donde se hallaba ya el 4 de Agosto de 1771. Con esta fecha escribe al Duque de Villahermosa su cuñada sor Maria Luisa Pignatelli: «Supongo tendrás ya el gusto de tener en tu

(1) Alude al «Sistema social o principios de la moral y de la política», publicados entonces por el Barón de Holbac. En esta obra, que un decreto del Parlamento de París condenó a ser quemada por mano del verdugo, se definen los principios y se establecen las reglas de una moral y una política independiente de toda idea religiosa.

compañía a nuestro querido Pepe, y cuyo arribo contamos sería a últimos del pasado; espero que ahí se recobre del todo y muy en breve.»

